

La tragedia monetaria

por Ramón Díaz

El título no trata de indicar que la historia que voy a contar es muy triste, aunque ciertamente no es alegre. Lo que trata de indicar es que voy a contar una historia de **hybris y némesis**, de soberbia humana y de las consecuencias de la soberbia humana, de una instancia más en la siempre renovada pretensión del hombre para trascender su condición hacia una condición superhumana, y del porrazo que otra vez se dio, o parece que se está dando. Los griegos desarrollaron un género de expresión religioso-literaria para narrar esta clase de historias, que se llamó "tragedia". El título viene por ahí.

Desde otro punto de vista el cuento, que ya ha venido desenvolviéndose en varias entregas, se parece más —¡ay!— a una telenovela que a una pieza de Esquilo, y requiere refrescar la memoria del lector acerca de los capítulos narrados previamente.

De una manera compleja, merced a un liderazgo en buena parte anónima, Occidente desembocó en el Siglo XIX portando un tesoro incalculable: una moneda de oro que más aún que por la belleza de sus reflejos, se caracterizaba por ser inalterable. Su paradigma era la libra esterlina, que no habría sufrido menoscabo a manos de sus reales acunadores desde el siglo XVI, única excepción a la regla universal e invariable de sostenido envilecimiento que los otros príncipes habían deparado a sus respectivas monedas. El ejemplo inglés cundió rápidamente por todo el mundo civilizado a partir de Waterloo, como si todos apostasen a la hipótesis de que el éxito económico-militar-imperial de la diminuta insula estuviese cimentada sobre aquella moneda insólitamente invariable en su contenido aureo. Al cabo de pocas décadas, dentro de las fronteras del patrón oro no se ponía el sol. En cien años, ningún país

devaluó su moneda, y ello en el mundo entero, un mundo que abarcaba Europa, América Sajona, América Latina en su mayor parte, y Japón. Las tasas de interés reflejaban en su exigüedad nominal la confianza conseguida. El crecimiento económico, y la elevación del nivel de vida de las masas, fue nunca visto.

Como nada es perfecto en la tierra, el sistema no funcionaba con la deseable suavidad. Los economistas saben construir modelos en que todas las variables se mueven indefinidamente sobre sus sendas de equilibrio a largo plazo. Las tasas de inflación, o deflación, son constantes, como lo es la del crecimiento real: el salario de los trabajadores refleja año tras año un aumento de la productividad incesante y parejo; y nadie que quiera trabajar a la tasa de remuneración corriente se halla impedido de hacerlo. Esta clase de armonía no es de este mundo. Por cierto la economía occidental bajo el patrón oro, más integrada que nunca antes ni después, enormemente pujante a la larga, no se vio reflejada en ese espejo. El camino, si se me permite variar la metáfora, presentaba tramos áperos y curvas inquietantes, que transitoriamente ponían la meta del progreso a espaldas de los viajeros. El avance se lograba al fin, pero pagaba un peaje importante en términos de dolor humano.

La unidad de Occidente se quebró de una manera tan cruenta como irreparable en 1914. La estructura monetaria se desplomó en medio de la imponente hoguera, para nunca volver a ser reedificada satisfactoriamente. Un joven economista, dotado de singular agudeza, percibió de inmediato el carácter definitivo de aquel colapso que la generalidad juzgaba subsanable. En vez de dolerse de la pérdida, el joven economista declaró que ella inauguraba una nueva era. En el lugar del meca-

nismo automático nacido de las oscuras entrañas de la historia, un nuevo orden implantaría el gobierno consciente y diligente de la moneda por los expertos. El oro era un ídolo torvo y voraz, que exigía cada pocos años sacrificios crueles y estúpidos, bajo la forma de desempleo en masa. Ahora sería derribado de su odioso altar, y en adelante el hombre tomaría pleno control sobre sus asuntos económicos.

Descendiendo a un plano más concreto, y permitiéndonos una visión retrospectiva de lo que llegaría a llamarse "La nueva economía", es posible esbozar el siguiente gráfico.

(A) Panel de la "economía clásica". La autoridad fiscal tiene por misión mantener el gasto público dentro de los límites marcados por la recaudación fiscal y por el flujo de fondos que pudiese captar en el mercado de capital sin desestabilizar la tasa del interés. La autoridad monetaria tiene por misión administrar un stock de reservas internacionales, lo que puede llevarse a contrair el crédito del sistema bancario, con la habitual secuela de paro forzoso.

(B) Panel de la "nueva economía". Las autoridades fiscal y monetaria tienen por misión conjunta asegurar que el nivel de la demanda efectiva agregada sea el que se corresponda con el pleno empleo de los recursos productivos. En caso de ser insuficiente la demanda efectiva, la autoridad fiscal debe expandir el gasto, o reducir la recaudación, o ambas cosas, y la autoridad monetaria debe apoyarla expandiendo el crédito, y si eso pone en peligro su stock de reservas, debe devaluar la moneda. Pero deflacionar, nunca; y reducir la tasa de expansión del crédito, sólo si el nivel de la demanda efectiva ha excedido el nivel compatible con el pleno empleo.

El primer panel pone de manifiesto la

debilidad del sistema, que consiste en el desempleo recurrente. El segundo apenas si deja entrar la amenaza de un sesgo hacia la inflación. De aquí en adelante se deja ver el lado trágico de la historia.

Porque la realidad no se conformó con el cuadro del segundo panel. Una némesis terrible se abatía al cabo de algunas décadas, sobre la nueva economía. La forma que adoptó la némesis fue —¡oh ironía!— la de un desempleo creciente, como compañero insólito de una inflación cada vez mayor. Esa némesis era una versión más del castigo reservado por los dioses a los hombres que caen en la insensatez de pretender trascender su condición. En lo económico, ésta implicaba el ciclo económico, y por supuesto, sus fases contractivas.

Lo que es extraña, y sintomático de nuestro tiempo, es la certeza que la nueva economía despertó desde un principio en las conciencias, en cuanto a que su proyecto era factible. La falta de un temor reverencial por las instituciones construidas paciente y anónimamente a través de los siglos, por la espontaneidad histórica de los pueblos, y la convicción de que pueden reemplazarse con ventaja por un artefacto diseñado por un comité de expertos, he ahí la **hybris** de tan fatales consecuencias.

Jerjes, hijo de Darío, incurrió en **hybris** por querer hacer del mar tierra, construyendo un puente de barcas para que su ejército cruzase el Helesponto. Keynes cometió la audacia de querer aprehender la infinita complejidad de la economía en la sencilla red de su modelo macroeconómico. Que no era un modelo para comprender el mundo económico, como todos antes, sino para transformarlo. Y, como consecuencia de su **hybris**, a las economías occidentales les está yendo poco más o menos como a la flota persa en Salamina.